

# Otro equipo, ¿la misma película?

Los Gallos acaban de obtener una meritoria medalla de bronce en la versión 61 de la Serie Nacional, pero la polémica sigue en juego tras el resultado que, para muchos, pudo ser otro

Elsa Ramos Ramírez

No estoy en el bando de los sorprendidos. Tampoco en el de los decepcionados, ni en el de los conformes. Creo estar en el de los realistas. Porque esas tendencias parecen marcar la afición espirituaña tras el fin de los Gallos en la actual Serie Nacional de Béisbol.

Comienzo por lo relevante. Al margen del sabor que dejara el cotejo vs. Matanzas, merece el reconocimiento de todos los bandos la medalla de bronce, ya que resume la actuación no de una postemporada, sino de una serie, privilegio que es quimera para otros 13 conjuntos en una campaña que los nuestros lideraron contra los pronósticos, por aquello de las ausencias de un año a otro, gracias al empuje de veteranos, medio tiempos y jóvenes.

Llegar al podio implicó imponerse a un Pinar del Río que les exigió superar maleficios de antaño para remontar un play off 2-3 en dos partidos dramáticos y llegar a semifinales en un suceso festejado con delirio por la afición. Al contrario de quienes la consideraron una celebración adelantada, estimo que fue justa y lógica, ya que nació de la espontaneidad de la gente que quiso desbordar el parque Serafín Sánchez con el fin de premiar lo que tiene ya de por sí un gran peso: estar entre los cuatro grandes, mucho más para una afición huérfana de motivos por años y años.

A la larga, fue la verdadera celebración popular, después de desvanecerse un recibimiento anunciado el pasado miércoles en el parque Serafín Sánchez, a todas luces sin los cabos de la organización bien atados, pues el equipo debió marcharse cuando solo unos pocos quedaron a la espera, aunque luego las máximas autoridades de la provincia reconocieron al elenco.

Pasados los homenajes, queda la polémica, que no suele apagarse tan pronto. En ella, arden los más disímiles criterios, incluidos los míos, que ahora expongo. En estas propias páginas, adelanté que veía a los Gallos con opciones de clasificar, pero no de ganar un título, porque entendía que les faltaba madurez, no justamente por los jóvenes en nómina.

Porque lo que queda, para la historia quiero decir, es que otra vez, aunque se trate de "otro equipo", como ha insistido su mánager Eriel Sánchez, el saldo exhibe "tomas similares" de películas ya rodadas en la última década —cumplida este 2022—, desde que el llamado síndrome de Holguín se apoderó de Sancti Spíritus como maleficio sempiterno.

Tras la espectacular victoria contra los Vegueros, los Gallos crearon una expectativa y luego se quedaron por debajo de ella al no poder sostener la capacidad competitiva que necesitan los play off, que obviamente no se juegan igual que la campaña regular, como ellos mismos lo enfocan, y cayeron barridos, arrasados en toda la línea por un Matanzas con muchas más ausencias que ellos, pero que superaron ese trauma cuando fueron capaces de llenar los huecos y no solo clasificar, sino hacerlo de primeros.

¿Que los cuatro juegos fueron cerrados, definidos por una y dos carreras? Es verdad. ¿Que los muchachos batallaron? También lo es. Pero en cualquier liga del mundo una derrota 4-0 en un play off es aplastante para el ganador, que esta vez

lo logró mucho más fácil que en las tres ocasiones anteriores.

De nuevo los Gallos fueron incapaces de superar la presión del juego a juego, cuando suele aparecer ese rival interno del que tanto habla Eriel y que se transmite de generación en generación como una maldición genética y que tiene muchas traducciones, aunque algunos culpen a Frederich Cepeda o a Yunier Mendoza de no dar el batazo en el momento clave. El béisbol es un deporte colectivo y cada integrante tiene un peso, aunque lógicamente unos más que otros. Lo cierto es que faltó oportunidad en el bateo, un mal de la serie completa, cuando hombres en posición anotadora se quedaron en las bases, en el inicio, el medio o el final del partido.

Pero también falló ese lanzador capaz de preservar una ventaja por mínima que fuera y para mayores referencias remítase al play off Granma-Industriales. Huelga decir, a propósito de ausencias, que los actuales campeones superaron las suyas: Lázaro Blanco, caballo de batalla de los play off, los primos Santos y Guillermo García, que es como decir la mitad de un conjunto... y ahí están por su cuarta corona en igual cantidad de finales.

Advertí que con un solo lanzador se puede ganar una subserie como lo hizo Yuen Socarrás; pero lo cierto es que el primer lugar de pitcheo de toda la serie se transformó, tanto frente a Pinar del Río como ante Matanzas, en un box inestable, inefectivo y poco confiable, con apariciones decorosas de José Luis Braña y solo una de Yankiel Mauris.

Lo de la presión se advirtió en la mecánica defensiva, imprecisiones en los jardines y alrededor del siol, toques fallidos, mal corrido de bases... Pudo olerse en decisiones cuestionables, como lanzarle a Erisbel Arruebarruena, que nos ganó el play off, o insistir como emergente con Yunieski Barroso, si no está en su mejor momento u optar por un lanzador juvenil en medio de un juego clave.

Nada demerita el bronce; ni la entrega y combatividad de los muchachos; ni desempeños como los de Yunior Ibarra, líder en impulsadas con 12, Daviel Gómez, desbordado en la ofensiva y espectacular a la defensa o Dismay Ortiz, que les bateó a derechos y zurdos; ni los destellos circunstanciales de otros.

Volvamos a los bandos. Nada justifica en la afición actitudes reprobables como ofensas a sus propios jugadores tras las derrotas. No es, por suerte, generalizado. Luego del triunfo ante Pinar, el Huelga se abarrotó; aunque, después del descalabro inicial ante Matanzas, las esperanzas comenzaron a ceder y las gradas a vaciarse como presagio de esa crónica de muerte anunciada que resurge los fantasmas hacia un equipo que otra vez llegó, pero no se pasó y cuyo nivel mantiene un techo: en 61 años no ha podido conquistar más que un oro, una plata y cuatro bronce.

No es esta la gran actuación con que algunos sobredimensionan el papel de los Gallos. Hay que ver el real color de la medalla, que no es como el bronce de los niños en el Panamericano Sub-15. La pasión y el conformismo no deben colmar el realismo para poder encarar las carencias que nos separan de ese sueño colectivo que sigue teniendo al título de 1979 como un referente inalcanzable.



El equipo espirituaño se enfrenta a un difícil rival: los archifavoritos Búfalos avileños. /Foto: Osvaldo Gutiérrez

## Guerreros a la conquista de un sueño

El equipo masculino espirituaño ya hace historia con su inclusión en la final de la Liga Superior de Baloncesto por primera vez

Desde este viernes, los bien llamados Guerreros espirituaños buscan convertir las canastas en sueños. Desde antes, las trocaron en historia.

No conformes con la inédita medalla de plata que ya poseen, los yayaberos quieren cambiarle el color, o sea, ganar el título de la Liga Superior de Baloncesto, que al cierre de esta edición encestaba sus primeros balones de la final en la espirituaña sala Yayabo, donde también se jugará el segundo choque este sábado a partir de las cuatro.

Para llegar a tan caro anhelo deben doblegar en tres de cinco encuentros a su similar de Ciego de Ávila, el elenco más ganador de estas lides en Cuba y archifavorito para llevarse su décima corona en su decimoquinta presencia en finales. El pleito acaba de comenzar, pero un suceso ya protagonizan los nuestros, que por primera vez llegan a esta instancia y eso ya parece bastante.

Para llegar hasta aquí, los muchachos de Michel Díaz derrotaron dos veces los pronósticos para terminar segundos y derribar en semifinales a unos Capitalinos que los superaban en resultados históricos y en hombres con mayor carretera competitiva, pese a que no contaron con todos los contratados en el exterior, según dicen algunos expertos —como si no le hubiese pasado lo mismo a

Sancti Spíritus, que tampoco tiene a su jugador más ranqueado, Yoanki Mencía, por la propia razón—.

Los Guerreros remontaron la semifinal tras debutar con derrota en la sala Ramón Fonst de la capital cubana; ganaron el segundo en buena lid y enfrentaron una riña de altas dimensiones que terminó con lesiones y sanciones. Pero lo que quizás pretendió amilanar a los nuestros, terminó por voltearse y así lograron imponer su mejor básquet en la Yayabo en dos partidos sucesivos.

En ejercicio pletórico de su liderazgo, Mario Luis Troyano definió por un punto con un canastazo de tres a falta de cinco segundos del pitazo final para rematar su protagonismo en el partido del cierre, cuando marcó 33 puntos, 21 de ellos desde la línea de tres.

En torno a él se nuclea una combativa guerrilla de muchachos que, pese a ser los más jóvenes del torneo con promedio de 22 años, impone respeto, derroche de coraje y talento.

La final encontrará definición en la sala Giraldo Córdova Cardín de la capital avileña. Allí se jugará el martes y el miércoles y, de no encontrarse definición aún, el viernes de la próxima semana.

Ciego, vencedor frente a Santiago de Cuba en semifinales 3-1, es favorito para llevarse la corona. Los Guerreros están por seguir asombrando la historia. (E. R. R.)



Muchos aficionados siguieron paso a paso la actuación del equipo y se quedaron esperando más. /Foto: Vicente Brito